

El territorio como contexto investigativo: una apuesta por ser maestros para y desde el territorio sanvicentino

The territory as a research context:
a commitment to be teachers for and from the
San Vicente territory

Sara Álvarez Herrera¹

Juan Pablo Ceballos Martínez²

Paula Andrea García Valencia³

Gloria María Zapata Marín⁴

1 Egresada de la Licenciatura en Humanidades, Lengua Castellana de la Seccional Oriente de la Universidad de Antioquia, Colombia. Este artículo presenta algunas reflexiones y conclusiones derivadas de su Trabajo de Grado.

2 Egresado de la Licenciatura en Humanidades, Lengua Castellana de la Seccional Oriente de la Universidad de Antioquia, Colombia. Este artículo presenta algunas reflexiones y conclusiones derivadas de su Trabajo de Grado.

3 Licenciada de la Licenciatura en Humanidades, Lengua Castellana.

4 Profesora. Asesora de prácticas pedagógicas en la Seccional Oriente, Universidad de

¿Cómo ser maestro? Algunos pensarán que es una facultad otorgada, explícitamente, por la academia, la cual, haciendo las veces de alfarero, moldea poco a poco, valiéndose de paradigmas, autores y discursos, a aquel que ha decidido dedicar su vida a la enseñanza; otros, más osados, aseveran que ser maestro parte de una vocación con la que se nace, como una especie de destino que fue fraguado por el universo. No obstante, para nosotros esta profesión implica una manera especial de mirar, una disposición constante a la escucha, una búsqueda incesante de palabras que regocijen al otro tanto como a sí mismo, y por supuesto, un reconocimiento indispensable del territorio que sustenta nuestros pasos y nuestras acciones.

Concebimos entonces el quehacer docente como un asunto tejido con los territorios; porque es desde la generación de experiencias situadas en el contexto que se pueden crear verdaderos actos educativos, en donde se conectan las realidades de los lugares que habitamos con los sujetos que conformamos los entornos escolares. En este sentido, traemos aquí las palabras del documento *La Práctica Pedagógica en la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia (UdeA, 2017)*, que nos recuerda que “La práctica se concibe como un campo que articula saberes, relaciones y dimensiones y pone el acento en una mirada dialógica, epistémica e interdisciplinar que le apuesta a la formación de maestros de Lenguaje desde una perspectiva humanista” (p.1).

De esta manera, este texto pretende vislumbrar la experiencia de dos maestros en formación, una egresada y una maestra asesora, en esa búsqueda por ser y hacerse maestros y maestras en el territorio sanvicentino.

Caminos y andares: el arribo a San Vicente Ferrer

El Oriente antioqueño es un territorio extenso, bello, rico en recursos naturales. En este espacio geográfico se sitúan diversidad de municipios y de grupos humanos que han jugado un papel fundamental en el desarrollo del Departamento, pero que, de igual forma, han sufrido los rigores de la violencia enquistada de un conflicto armado que ya completa 60 años de existencia.

Y es que no se puede desconocer que el asunto del conflicto hace parte de la configuración de lo que somos como territorio, ya que tal como lo plantea [García \(2007\)](#):

La geografía de la Violencia de los años cincuenta ilustra muy claramente la condición en que se encontraba el oriente antioqueño en el momento que antecede a los sucesivos conflictos que dinamizaron la reconfiguración de la región. Los procesos de la Violencia de los años cincuenta en el oriente antioqueño muestran la acción y el peso de las tres territorialidades que hoy lo conforman – el oriente del altiplano y del sur, el “oriente lejano” (la vertiente al río Magdalena) y el Magdalena medio antioqueño colindante. (p.134)

Es precisamente en lo que se conoce como el altiplano, que también recibe el nombre de Oriente cercano, donde se encuentra situado el municipio en el que aflora esta indagación: San Vicente Ferrer. Se trata de un territorio ubicado a 48 km de la ciudad de Medellín; un pueblito pequeño y montañoso que nos recibió y acogió para empezar la construcción del trabajo de grado Transitando los caminos sanvicentinos: posibilidad de narrarse y narrarnos en la construcción de una identidad cultural, elaborado por Juan Pablo Ceballos Martínez y Sara Álvarez Herrera. Distintas y diversas causas nos llevaron a este lugar. Juan Pablo es oriundo de este municipio; Sara llegó a él hace unos años como parte del trabajo que realiza en su comunidad religiosa. En una vuelta de ese camino, Juan y Sara se reconocieron como sujetos atravesados por una historia que los unía a San Vicente y a una pregunta por su formación pedagógica; y allí inició este nuevo trayecto. Andrea y Gloria, caminantes de otros lugares, nos unimos a este discurrir andariego, cuando nos reconocimos en las líneas que empezaron a tejerse en un texto escrito en borrador.

Es importante decir que este caminar no ha estado exento de baches, quiebres, interrupciones. La primera de ellas es la pandemia y consiguiente cuarentena decretada en nuestro país, en el año 2020, debido a la COVID-19. De forma inesperada, el último ciclo de prácticas pedagógicas que debían realizar los estudiantes -y que está integrado por los cursos Práctica Pedagógica I, Práctica Pedagógica II y Trabajo de Grado- debía realizarse de forma remota, sin posibilidad de asistir y habitar los espacios escolares y educativos, en los cuales, se había pensado la ejecución de los ejercicios pedagógicos e investigativos que habíamos diseñado. Esta experiencia de transitar entre complejidades, dudas e incertidumbres, lo vivimos como un extrañamiento, por eso volvemos a [Zapata Marín et al. \(2020\)](#) cuando en sus palabras expresan este mismo aturdimiento:

Al llegar a este punto, tanto los maestros en formación como yo nos vemos abrumados por todas las cosas, situaciones, tensiones, dolores y enojos que esos maestros de las instituciones que pretendemos acompañar también están viviendo; queríamos ser oportunos y diligentes, pero parece que somos un tanto impertinentes. Todo esto que nos ha acontecido, nos ha traído la inquietud, la pregunta, la zozobra posiblemente; la incertidumbre ciertamente. (p.44)

Junto a esta nueva situación aparecen asuntos personales, familiares y otros que también incidían en el proceso de la práctica pedagógica. Las dificultades tecnológicas, de conexión, de acceso a Internet se hicieron relevantes y desafiantes en relación con la construcción del trabajo de grado. No obstante, rehacer ese camino, sus baches, sus movimientos, sus ascensos y descensos, es lo que nos permite hoy ponernos en esta escritura a cuatro manos y compartir ese lugar habitado.

¿Desde qué lugar sitúan Juan Pablo y Sara el recorrido investigativo?

El andar: historia remota, cargada de victorias, dolores y sinsabores, es un acto revelador de los rastros y huellas que han impregnado nuestros antepasados sobre nosotros. Es el vivo reflejo de las luchas y actividades más vagas del desplazamiento humano, permitiéndonos hacer de la vida un meollo de experiencias y significados. Con esto en mente, Juan Pablo y Sara, cruzamos nuestros caminos y sueños en la Universidad con el anhelo de ser maestros de Lengua Castellana y Literatura.

Conversando un día, acerca de las historias personales, nos encontramos de manera simbólica frente a San Vicente Ferrer, nuestro pueblo. Un pequeño conglomerado de 243 km² rodeado de hermosas montañas y casas en tapia donde viven campe-

sinos trabajadores con sus cultivos de papa, maíz, frijol y algunas hortalizas que crecen en estos climas fríos.

Al situarnos en nuestro pueblito, es inevitable no llevar la mirada por sus calles empinadas y estrechas donde, día a día, todos los habitantes conviven tranquilamente rindiendo honor a su patrono San Vicente Ferrer, el mismo que cuida y vigila la institución educativa homónima. Este templo del saber es el único lugar de educación pública formal en la zona urbana. Hoy, como gran parte del pueblo, luce una fachada blanca que tapa las grietas y cicatrices de las tres edificaciones antiguas que albergan a niños y jóvenes sanvicentinos. Este centro educativo, además, tiene presencia con educación primaria en algunas zonas rurales; sin embargo, para completar los estudios secundarios, muchos jóvenes campesinos deben desplazarse hasta el casco urbano.

Con todo esto, elaboramos una lectura sobre San Vicente Ferrer como habitantes, y sobre su escuela, como maestros. Es allí donde decidimos –o el camino decidió por nosotros– poner en marcha nuestra sensibilidad, conocimientos y experiencias sobre el territorio, para navegar en él, relatándolo y reconfigurándolo a partir de las voces, los sinsabores y los proyectos que iban surgiendo con el caminar.

Lo que nos inquieta o las preguntas de un problema de investigación

Desde nuestro territorio y foco de investigación, comenzamos a tejer reflexiones que nos llevaron a pensar que, la experiencia no es solo aquello que hemos vivido y afirmado como propio, sino que también, está constituida e inevitablemente atravesada por los ancestros: un evocar histórico de nuestro pasado, y que nos hace ser, en gran parte, quienes somos hoy. Estos rasgos de historias, anécdotas, cicatrices que el camino va dejando en nosotros -o que nosotros dejamos en él-, forman nuestra identidad cultural en el territorio.

En este orden de ideas, nuestro interés investigativo se situó en comprender las relaciones entre los saberes y las vivencias locales, pues, para nosotros como maestros de lenguaje, es fundamental vislumbrar aquellas prácticas culturales del territorio sanvicentino que se han venido construyendo, con aportes foráneos que se vuelven propios, y con descubrimientos inesperados que ahondan esta construcción. Por esta razón fue relevante preguntarnos ¿Cuáles son las prácticas culturales que circulan en el territorio de San Vicente Ferrer que configuran su identidad cultural?, y en este sentido, apelamos también al quehacer pedagógico al cuestionarnos ¿Cómo el maestro puede articular las prácticas culturales de San Vicente Ferrer en la escuela para contribuir en la construcción de identidad cultural del territorio?

De este modo nos situamos, específicamente, en la Institución Educativa San Vicente Ferrer, para dejarnos permear por las situaciones que se viven en ella con mayor reflexividad y criticidad, reconociéndonos no solo como maestros en formación sino también como sujetos partícipes de este territorio. Recorrerlo entonces, nos abrió la posibilidad de reflexionar sobre nuestras propias prácticas educativas, indagando por esos saberes que le pertenecen a la comunidad y han sido olvidados o limitados por lo que se debe enseñar. ¡El lenguaje en el territorio está vivo!... En este sentido, los maestros nos hallamos en la ardua tarea de explorar y descifrar, sin guía alguna, aquel territorio, no desconocido del todo, pero sí lleno de maniguas, incertidumbres y males-tares.

Trazos de una ruta metodológica

Para vivir el camino hay que andar despacio, observar el paisaje, comprender la gente, apreciar los monumentos, disfrutar de la gastronomía, conocer de la historia y de la cultura. Al ser exploradores nos convertimos inevitablemente en lectores del entorno. Y es que el camino, como hemos

visto, está impregnado de señales y códigos que solo el buen lector, a través de la contemplación, puede descifrar.

Desplazarnos, entonces, en el municipio nos hace retomar constantemente, los caminos que ya hemos cruzado, pero sin olvidar los conceptos, palabras y recuerdos ya pensados anteriormente. En este sentido, cada sendero, desvío, puente o vía, exige para su avance tener conciencia de las experiencias ya interiorizadas a lo largo de la senda caminada. Así, en esta parte del recorrido nos propusimos una trayectoria de indagación, en la cual fue fundamental el reflexionar, dando paso al reconocimiento de las diferentes metodologías y herramientas que nos constituyen como investigadores.

Para emprender el acercamiento al territorio, fue necesario llegar a un punto de encuentro que

nos diera bases para mirar aquello que íbamos a hallar, incluyendo el aspecto metodológico y teórico; ahí reconocimos la investigación cualitativa. Este paradigma de investigación, según la socióloga [Uribe de H \(2018\)](#), permite que en el territorio se pueda “interpretar, clasificar, comparar y enunciar las situaciones o procesos observados” (p. 13). Precisamente, ese fue uno de nuestros objetivos, dejar que nuestra mirada se hiciera profunda en cada narración, adquiriendo en nuestro observar una apertura hacia cada paisaje enunciado: turbio, violento o colorido; dejar que la oralidad inundara nuestros oídos de voces del territorio. Así, las prácticas sociales, individuales o colectivas, se conectaron con un enfoque coherentemente humano, que nos acompaña en el trayecto del análisis y de interpretación.

Paralelo a ello, encontramos en el método narrativo, una vía significativa para transitar por este recorrido llamado investigación. Una vía que no es recta, uniforme, sino que se nutre de los quiebres y movimientos, de las memorias, los recuerdos, las voces y los saberes. En este sentido, “la narrativa y la vida van juntas y, por tanto, el atractivo principal de la narrativa como método es su capacidad de reproducir las experiencias de la vida, tanto personales como sociales, en formas relevantes y llenas de sentido” ([Connelly y Clandinin, 1995, p. 43](#)).

Al tener presentes enfoque y método, descritos anteriormente, llevamos a cabo el desarrollo del proyecto mediante las voces de los habitantes que lo configuran. Para ello, en un primer momento, buscamos reconocer a través de la virtualidad -como único medio de interacción- los fines educativos y los actores involucrados en nuestro centro de práctica -Institución Educativa San Vicente-, para desarrollar de manera conjunta, una propuesta educativa que respondiera tanto las necesidades de los estudiantes, como a las de los demás habitantes del municipio. Así pues, y a través de la planificación de talleres, acompañamos tres grupos del grado Décimo en sus procesos de formación y con ellos exploramos e indagamos las formas de habitar en el municipio, a partir de sus opiniones y diferentes puntos de vista.

Esta estrategia didáctica y

proceso dialógico, sensible y humano entre los estudiantes y nosotros los talleristas, aportó desde el sentir individual y colectivo. Su desarrollo se hizo a partir de una serie de encuentros orientados al reconocimiento del territorio, la importancia de narrar y narrarse como sujetos críticos y sensibles, ya que “narrar hace parte de la experiencia vital de los seres humanos” (Ortiz Naranjo, 2011, p. 138). De allí, rescatamos textos escritos, imágenes, videos y entrevistas, todos elegidos a partir de criterios acordes a nuestros intereses investigativos, para con ellos construir y decantar nuestro análisis e interpretación.

De manera simultánea, tuvimos la oportunidad de conocer y entrevistar dos adultos mayores habitantes de San Vicente: don Óscar y doña Hortensia¹, con los que vislumbramos un contraste del mismo territorio. Ambos nacieron en el campo, sin embargo, don Óscar se alejó de él y edificó su vida en lo urbano, buscando en la academia y las letras, una forma de enlazarse con su entorno desde el saber profesional. Por su parte, doña Hortensia, vive del cultivar en su parcela y de la agricultura como muestra de su saber tradicional y empírico.

En este intercambio de voces se logró la construcción de sus historias de vida, como posibilidad de imbricar aspectos propios de estas personas, quienes en el conversar, narran lo que son desde su diario vivir.

1 Se utiliza el nombre propio de los entrevistados, respetando los consentimientos informados que se realizaron para el proyecto de investigación.

Andares y hallazgos: un acercamiento del territorio recorrido

Retornando la mirada sobre los senderos transitados, tal como los arrieros, nos damos cuenta que el equipaje con el que partimos a esta aventura, se ha incrementado considerablemente, debido a las experiencias, las historias de quienes nos hemos topado y las “nuevas cosechas”, en las cuales se incluyen versos, miradas, palabras e incluso silencios. Todos ellos aparecen como destellos de luz y poseen la capacidad de repercutir para siempre.

El maestro de lengua, entonces, se vale de ese dador de vida, de posibilidad e imposibilidad, como lo es el lenguaje, para “desentrañar” algunos sentidos que por lo general se mantienen ocultos; como el territorio, lugar que se siente, se sufre, se extraña y se habita de maneras diversas (Sosa, 2012). Así, a partir de la palabra y los recuerdos, queremos compartir nuestros hallazgos, desde esas voces que nos permitieron adentrarnos por senderos empedrados y veredas lejanas, en donde se forma la cultura sanvicentina.

Construcciones de identidad cultural en San Vicente Ferrer

Los habitantes de este municipio tejen su identidad cultural bajo unos contextos, categorías y roles que se conectan con las necesidades y particularidades que caracterizan sus territorios. En este sentido, el hecho de haber nacido mujer u hombre; pertenecer a una familia con concepciones arraigadas a lo religioso; ser o no campesino; tener acceso al estudio o poseer cierto nivel socioeconómico, son condiciones de vida en las que cada sujeto configura su cultura y construye parte de las bases para su desarrollo como persona.

De ahí que la identidad no sea solamente el resultado de una interacción social o un cúmulo de circunstancias, sino que es el proceso de construcción singular de sentidos, donde los individuos a partir de intereses, deseos y experiencias particulares se “definen” a sí mismos, y otorgan significados de apropiación, arraigo e identificación al territorio que habitan. Así lo plantea [Sosa \(2012\)](#) quien nos dice que “El territorio, al mismo tiempo que es una construcción social, también constituye un configurador de identidad, imaginarios o representaciones, discursos y relaciones” (p. 110).

Sirva de ejemplo la entrevista de don Óscar, quien a partir de sus vivencias y particularidades da cuenta de su identificación con el municipio; “ruraleño y montañero”, así se autodenomina. Parece haber una identidad que se forma a través de una aparente dualidad: la academia como fuente de saber y el habitar en la ruralidad reconociendo sus raíces campesinas.

Por su parte, la forma de identificarse de doña Hortensia está influenciada fuertemente por la agricultura y el amor a las plantas. Durante su infancia se interesó más por la cocina y el campo que por el estudio; hoy en día valora estar en su finca alejada de los ruidos del pueblo. Con esta experiencia de vida apreciamos otra forma de construir identidad trenzada en sus saberes empíricos y en su rol de madre campesina y mujer agricultora.

En contraste, las “nuevas generaciones”, así denominamos a los estudiantes de la I.E. San Vicente Ferrer, sugieren diversas maneras de ser y estar en ese espacio geográfico. Al indagar sobre sus sentires en cuanto al lugar que habitan, expresan una identificación con la música, las artes y el paisaje, dando a entender que este último, pensado como el campo, juega un papel importante en la construcción de sus identidades.

Ahora bien, también existen jóvenes que le apuestan a otras maneras de entender el territorio, y allí la idea de “progreso” se relaciona con edificios y urbanización. Todas estas miradas, distintas entre sí, cada una dada desde unas particularidades, circunstancias, motivos y matices de existencia, nos lleva a recordar las palabras de [González Ramírez \(2020\)](#) quien nos dice que “somos un conjunto de experiencias aunadas en el presente (...) que configuran el sustrato de nuestro pensamiento, con base en el cual leemos el mundo y actuamos en él”. (p. 103)

Por último, vale decir que hay muchas formas de identificarse y de narrar el territorio. Los mayores tienen un sentido de pertenencia o “arraigo” por la ruralidad; los jóvenes parecen contar con una

visión contemplativa del escenario rural, por lo cual buscan “identificarse” con él a partir de la música y las artes.

Recuerdos y cambios alrededor del patrimonio sanvicentino

Cuando hablamos de patrimonio aludimos al conjunto de bienes o recursos que posee una comunidad; son aquellos elementos que la identifican y que asumen como “propios”. Los sujetos no son agentes pasivos de su devenir histórico, puesto que se posicionan, reconocen y transforman dadas sus experiencias de vida. Ahora bien, los sanvicentinos han designado ciertos elementos patrimoniales, que los hacen sentir orgullosos de su territorio y de formar parte de una colectividad.

El parque es el primero de ellos; es un espacio de recreación, de encuentro, de patrimonio material. En él está la Alcaldía, la fuente de La Negra de la Pila y el templo parroquial que abre sus puertas a propios y foráneos. Por ser el lugar central del pueblo ha tenido cambios físicos que obedecen a lógicas de desarrollo municipal e intereses de la comunidad. Es por esto que, para algunos ha-

bitantes, sólo queda el recuerdo de lo que algún día fue. Y bien lo recalcan don Óscar y doña Hortensia “desde pequeños íbamos pa’ misa y a mercar”. Aunque tales reestructuraciones, no solo han cambiado su arquitectura, sino la representación simbólica del lugar que se habita.

De manera similar piensan algunos estudiantes, quienes manifiestan sentir desapego por aquel parque, al no representar la estructura tradicional o “pueblerina”. Lo que nos llevó a pensar que, los cambios realizados al parque, en algunas personas produjo extrañeza y desarraigo. Esto se da aquí, en parte, al no contar o retratar las costumbres y tradiciones de sus habitantes, por albergar una nueva idea de “progreso” y urbanización.

En segundo lugar, está el guire, animal emblemático. En épocas pasadas se encontraban en todas partes, ahora son pocos en número y no se pueden ver fácilmente. En las voces de

los adultos notamos que existe una dualidad de identificación, debido a sus experiencias con estos animales. Doña Hortensia menciona que es una plaga con la que ella y sus vecinos deben luchar para cuidar sus alimentos. Construcción contraria a la de don Óscar, quien no solo se identifica con el armadillo, sino que con orgullo nos contó que, en algún momento, lo cazó, lo comió y aún conserva caparazones enmarcando sus logros pasados.

Al respecto, los estudiantes sienten que el “gurre” es un gentilicio despectivo impuesto sobre los sanvicentinos; por ello, reconocen al armadillo como patrimonio, pero se distancian de él, debido al campo semántico y simbólico del mismo concepto y sus experiencias de vida, donde se toparon con calificativos que de alguna manera los denigra.

Por último, el proyecto turístico “Pueblo blanco” busca renovar los referentes culturales del municipio. Para ello, como propuesta administrativa de La Alcaldía se están pintando las fachadas y contrafachadas de las casas de color blanco. Para algunos estudiantes, esta iniciativa es solo una idea estética que no trasciende a la cultura sanvicentina ni enaltece los referentes tradicionales. Sin embargo, para otros, se perfila como una oportunidad para crecer económicamente y ser reconocidos a nivel nacio-

nal. Esta idea administrativa no es el único elemento patrimonial que se perfila en la actualidad, ya que desde la Banda de Música los jóvenes y adolescentes encuentran una forma de identificarse en y con su territorio desde el arte.

Tradición oral en San Vicente Ferrer

En nuestro recorrido investigativo, fuimos testigos de un acervo de conocimientos, creencias e historias que conservan los habitantes mayores, quienes a través de la experiencia y la oralidad buscan compartirlas a los más jóvenes, los que finalmente se encargan de “perpetuarlas”. De esta manera, desde la oralidad, podemos reconocer y preservar la tradición. Al respecto [Arévalo \(2004\)](#) nos dice que [la oralidad] es un “proceso inacabado de creación-recreación, producción-reproducción, continuidad-discontinuidad; un

sistema en constante renovación”. (p. 928)

Es por esto que, como maestros de lengua castellana, decidimos fomentar el sentido de pertenencia y desarrollar una memoria local, realizando con los estudiantes un proceso de reconstrucción de los relatos orales más importantes del municipio. A raíz de ello, construimos colectivamente el libro Memoria oral de San Vicente Ferrer “leyendas, encantos y espantos”², un encuentro en la escritura donde se entretajan relatos ficticios como “La Madremonte”, “La Mula de tres patas”, “El tesoro encantado de La Montera”, “Las Almas en pena del 24 negro”, con tintes reales, históricos y ancestrales, junto a otras historias que muestran elementos identitarios del territorio, como la arriería, la minería y los relatos de guacas.

En este sentido, se puede observar un tejido colectivo de relatos, donde las voces de los estudiantes se trasladan a la escritura, la cual se constituye como portadora de las vivencias, memorias y vínculos de los sujetos, haciéndolos perdurar a través del tiempo. Al respecto Vygotsky (1995, citado en Bellón y Cruz 2002) manifiesta que:

La escritura es una construcción sociocultural cuyo desarrollo se halla íntimamente vinculado con los seres humanos, sus pautas de comunicación y el uso que hacen de la escritura para la mediación de las actividades de la vida cotidiana. El lenguaje, ya sea hablado o escrito, encarna los lazos que unen a los seres humanos entre sí, con su cultura y con su pensamiento.
(p. 2)

A partir de esta construcción y recopilación, comprendimos cómo

2 Relatos disponibles en el siguiente sitio web: <https://n9.cl/memoriaoralsanvicenteferrer>

las nuevas generaciones se reconocen al enunciar, en sus propias palabras, los relatos que han escuchado en su comunidad, es decir, estas historias más que vivencias y recuerdos, se convierten en apropiación y reconocimiento cultural.

Saberes locales en San Vicente Ferrer

A la hora de identificar las prácticas culturales que circulan en el municipio, fue indispensable reconocer las distintas labores de sus habitantes en función de sus saberes locales. Todos estos conocimientos hablan en nuestra investigación gracias a la palabra y a los recuerdos de quienes los practican. En tal sentido, asumiendo nuestro rol de maestros de lengua y literatura buscamos comprender cómo habita la palabra en cada sujeto, y las relaciones que se tejen entre el lenguaje y la cultura, considerando de este modo, que las prácticas de lectura y escritura son el “resultado de la interacción entre un sujeto portador de saberes, un texto portador de significados y un contexto, que sirve de mediador” (*Ley general de educación, 1994, p. 27*).

Al acercarnos a los saberes más representativos, nos percatamos que la arriería es uno de ellos; aunque con el pasar del tiempo se ha ido desvaneciendo por los avances tecnológicos. Por esto, en nuestras prácticas pedagógicas, realizamos una serie de ejercicios que permitieron a los jóvenes construir identidad cultural a través del legado de esta práctica y aproximarnos a la concepción de la arriería como oficio fundamental en el pasado del municipio. A partir de este ejercicio comprendimos que en los estudiantes había poca apropiación de términos y elementos importantes de la arriería: las

posadas, enjalmar, recua, muladas, largueros, entre otros. Además, al indagar por arrieros reconocidos en el territorio, apreciamos un desconocimiento de estos personajes que abrieron caminos y dieron paso a las vías que conocemos hasta el día de hoy.

Otro saber con el que nos encontramos fue el cultivo del fique, el cual representó, en décadas pasadas, una economía rentable para el municipio. Teniendo en cuenta la importancia de esta fibra natural, recurrimos a las historias de vida de dos habitantes: don Óscar y doña Luz³, quienes en su infancia y en sus trayectorias vitales grabaron este saber como tatuajes que se fueron moldeando a medida que sus cuerpos adquirirían esas experiencias. De esta manera, [Landini y Murtagh \(2011\)](#) mencionan que la práctica de la labor del campesino es la que se enseña desde el cuerpo, aquella que les inculcan los padres día a día en la práctica misma, “el saber del productor aparece vinculado con la capacidad práctica de hacer las cosas adecuadamente. Se trata de conocer el uso del azadón, no de decir, cómo debe manejarse” (p. 269). Es desde estas prácticas culturales donde se evidencia que los saberes locales forman parte de la identidad de un territorio, pues son los que permiten visibilizar la historia y la trayectoria del pueblo, especialmente, en la memoria de los habitantes donde se atesoran esos recorridos significativos.

Desplazando la mirada sobre nuestras montañas y casas campesinas, rememoramos el florido hogar de doña Hortensia, una mujer campesina, que, con sus manos en el trabajo, en la cocina y en su jardín, le hace honor a su nombre de planta ornamental. Día a día, pone en práctica un conjunto de enseñanzas que sus padres depositaron

3 Se utiliza un pseudónimo para proteger su identidad. Esta voz nace de una entrevista realizada por una estudiante.

en ella, pues desde muy temprana edad, debía madrugar antes de ir a la escuela para dejar listas las preparaciones más importantes que serían consumidas en el transcurso del día. “Antes de irnos pa’ la escuela nos tocaba hacer la mazamorra, levantarse uno a las 4 a.m. pa’ hacer, salíamos de allí a la clase a las 8 a.m.; en una hora teníamos que subir” (Doña Hortensia, entrevista, 2021).

Gracias a sus palabras, comprendimos cómo al interior de la comunidad se crean ciertos roles que hacen que los oficios y las tareas estén claramente marcadas y delimitadas por el género. En este sentido, ser mujer en el campo es encargarse de la protección y alimentación del hogar, todo ello sin dejar de lado los saberes agrícolas.

Para finalizar, dentro de los saberes de nuestra comunidad, pudimos encontrar el uso de los recursos naturales para cuidar de la salud. Fue en las palabras de Amadora⁴ “la mujer de las plantas”, donde fuimos testigos de lo que significa para su vida y la de sus vecinos, su uso. Esta mirada nos permite reflexionar: ¿qué sería de la comunidad sin los saberes curativos de mujeres como Amadora? Igualmente, observamos que algunas mujeres pueden otorgarles cargas y significados a las plantas, a través de las cuales crean procesos de resistencia, sanación, apropiación, identidad y amor por la tierra; se enraízan en ellas, dan fruto y florecen en sus territorios.

Cabe resaltar que, en este recorrido por los saberes locales se hace presente la figura del maestro como mediador entre el territorio, los habitantes y sus prácticas en la construcción de espacios

4 Seudónimo utilizado para proteger su identidad. Esta voz nace de una entrevista realizada por una estudiante.

formativos, donde se destaca la importancia del conocimiento y la valoración de lo propio, lo que posibilita en los estudiantes reconocerse en sus raíces y orígenes, al mismo tiempo que logran comprender que existen otros escenarios fuera de la escuela para el aprendizaje. En nuestro caso, como maestros del área de Español se propiciaron espacios para potenciar la escritura y la lectura desde las experiencias y el contexto que habitamos: San Vicente Ferrer.

Andar por la orilla; el momento de concluir

Este recorrido investigativo nos permitió comprender que el territorio no lo compone únicamente sus habitantes, sino su simbología, las fuerzas y los discursos que convergen en él. Aunque el devenir también tiene su peso; esto lo pudimos observar en las prácticas contemporáneas nutridas de las de antaño; en todas ellas hay una apuesta por “preservar” la tradición, o, por el contrario, re-interpretarla partiendo desde otras aristas, entre ellas las artes y la oralidad.

En cuanto a los maestros de lengua y literatura, nos conviene desentrañar relaciones, ahondar sobre lo aparente o naturalizado y desocultar discursos. Las mismas edificaciones o cualquier objeto inanimado poseen vida propia, todo depende de la mirada del observador, y justamente ahí entra el maestro, quien requiere agudizar sus sentidos para “enseñar” reconociendo tanto el plano sensorial como intangible.

El maestro tiene una responsabilidad imbricada en su quehacer como actor del territorio; aunque no es el único pensador; en palabras

del profesor Estanislao Zuleta, para el docente es fundamental respetar y reconocer que el estudiante es un pensador (Zuleta, 1995), pues es la única manera en que se pueden construir acciones, cambios, propuestas y posibilidades de vida, por y para el territorio.

A fin de cuentas, este camino andado es un pensamiento que se traduce en saber aprendido desde las primeras lecturas en el territorio, mucho antes de llegar a la escuela. Y justo allí entra el maestro, quien ayuda a develar ese mundo simbólico que lo rodea. El llamado es a repensar las prácticas educativas del maestro, desde su sensibilidad y su formación académica, para colaborar en el aprendizaje significativo de los estudiantes y en su impacto con el territorio.

Por último, y pensando en volver a emprender el camino, nos quedan preguntas abiertas como posibilidades para entender, por ejemplo, cómo se vinculan las narrativas de los maestros más allá de la academia con las prácticas vivas de los territorios en los que incide. Pero esto será para un nuevo trasegar.

Referencias

- Arévalo, J. M. (2004). La tradición, el patrimonio y la identidad. *Revista de estudios extremeños*, 60(3), 925-956.
- Bellón Morales, C. y Cruz Arias, M. del P. (2002). La escritura como actividad sociocultural compleja en el aula de transición: avances teóricos. *Enunciación*, 7(1), 57–63. <https://doi.org/10.14483/22486798.2463>
- Connelly, F. M. y Clandinin, D. J. (1995) Relatos de experiencia e investigación narrativa. En Larrosa, J. et al. *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*. Barcelona: Laertes.
- García, C. I. (2007). Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: de la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz. En: *Controversia*. 189. (Diciembre). Bogotá: IPC, FNC, CINEP, CR, ENS. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100920014712/art5Controversia189.pdf>
- González Ramírez, F. G. (2020). Análisis de la configuración de la identidad cultural del estudiantado guatapense. Una construcción narrativa desde la asignatura de lengua castellana. [Tesis de Maestría, Universidad de Antioquia]. <http://hdl.handle.net/10495/15182>
- Landini, F., y Murtagh, S. (2011). Prácticas de extensión rural y vínculos conflictivos entre saberes locales y conocimientos técnicos. *Contribuciones desde un estudio de caso realizado en la provincia de Formosa (Argentina)*. *Ra Ximhai*, 7(2), 263-279.
- Ley 115 de 1994. Por la cual se expide la ley general de educación. 8 de febrero de 1994.

- Ortiz Naranjo, M. N. (2011). La narración: puerta y espejo en la formación investigativa de maestros/as. *Revista Educación y Pedagogía*, 23(61), 133–144. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaeyp/article/view/14027>
- Sosa, M. (2012) ¿Cómo entender el territorio?. Editorial Cara Parens.
- Universidad de Antioquia, Facultad de Educación. (2017). *La Práctica Pedagógica en la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana. Documentos orientadores de los procesos formativos del programa.*
- Uribe de H, M. T. (2018). Prólogo: El giro en la mirada. En Galeano Marín, M. E. (2nd ed.). *Estrategias de investigación social cualitativa: El giro en la mirada* (pp. 13-20). Universidad de Antioquia. <https://doi.org/10.2307/j.ctvdf06h7.3>
- Zapata Marín, G. M., García Gómez, L. M., Mejía Buitrago, M., y Taborda Cardona, N. (2020). La escuela en ausencia: escrituras reflexivas en torno a la práctica pedagógica y la enseñanza de la lengua y la literatura durante el confinamiento obligatorio por la pandemia del Covid-19 en Colombia. *Cuadernos Pedagógicos*, 22(30), 43–49. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/cp/article/view/343576>
- Zuleta, E. (1995). *Educación y democracia. Un campo de combate.* Omegalfa.